

FRANCISCO GASCUE Y LA CUESTIÓN AUTONÓMICA

Iñigo Imaz Martínez

LA RESTAURACIÓN CANOVISTA

Tras la derrota de los partidarios de la I República, y restaurada la monarquía borbónica, se oficializaba el definitivo fracaso de la Revolución liberal de 1868. Entonces, Alfonso XII y Cánovas del Castillo, se propusieron acabar con la sublevación carlista en el Norte. La campaña comenzó en febrero de 1875 y finalizó, un año después, con la salida definitiva de Carlos VII camino al exilio. A partir de entonces, el País Vasco se dividió políticamente en dos bloques antagónicos. Por un lado, los carlistas, derrotados en el campo de batalla, pero políticamente mayoritarios en las provincias vascas. Por otro lado, los liberales, vencedores, pero minoritarios.

El nuevo régimen, sin embargo, actuó torpemente con sus aliados vascos. Aunque la guerra había comenzado como un enfrentamiento entre los revolucionarios y los reaccionarios agrupados bajo la bandera de Don Carlos, a los que se unieron no pocos de los moderados que habían apoyado a Isabel II, la opinión pública de Madrid terminó creyéndose los discursos que, convenientemente publicitados por la casi totalidad de la prensa, culpaban al sistema foral de la guerra.

La abolición del régimen foral, paso previo para implantar un Estado centralista, provocó una profunda decepción entre las elites dirigentes vascas. No se debe olvidar que las Diputaciones forales, dominadas por liberales fueristas, se habían alineado con el Gobierno contra los carlistas. A partir de entonces, en un contexto generalizado de exaltación fuerista, la reintegración foral se convirtió en banderín de enganche de los diferentes grupos políticos que operaron en el país, que sin cuestionar de forma clara a la monarquía, supieron canalizar el malestar popular a través de iniciativas culturales y puntuales protestas de signo fuerista.

La concesión de los Concierdos Económicos en 1878, vino a contentar a las elites dirigentes, que podían administrar las Diputaciones provinciales contando con unos fondos que en otras provincias no existían. El fuerismo radical, agrupado en torno a la sociedad *Euskalerrria* de Bilbao reivindicó la reintegración foral y condenó la Ley del 21 de Julio de 1876.

PANORAMA POLÍTICO DE GUIPÚZCOA DURANTE LAS PRIMERAS DÉCADAS DE LA RESTAURACIÓN

Dentro del bando liberal, militaron quienes después constituyeron la derecha (conservadores) y la izquierda (liberales) dinásticas; mientras, los republicanos, divididos en unionistas y federales, se quedaban al margen de un sistema en el que el caciquismo permitía turnarse a conservadores y liberales en el Gobierno.

No eran partidos propiamente dichos, ya que a su escasa base militante hay que unirle el fuerte localismo y personalismo imperante en sus decisiones. Generalmente, se organizaban para afrontar las elecciones al rededor de líderes carismáticos.

De cara a las confrontaciones electorales, las fuerzas que habían militado en el bando liberal, conscientes de la fuerza de los carlistas, se presentaban coaligados. Esto permitió a los liberales controlar la Diputación de Guipúzcoa hasta 1884, año en el que los carlistas consiguieron imponerse por una ajustada mayoría. Las elecciones de 1886 dieron como resultado un triunfo aplastante de los carlistas, a partir de lo cual se oficializó definitivamente la creación de la Coalición Liberal Republicana, un frente anticarlista, compuesto por liberales dinásticos, liberales independientes y republicanos de diversas tendencias. La esci-



D. Francisco Gascue, el año 1898.



Asamblea de Zumarraga: Reunión de los delegados municipales de la Liga Foral Autonomista (1905) (Foto: AME)

sión integrista de 1888, que rompía la unidad de las fuerzas reaccionarias, vino a favorecer la idea de unidad entre las diferentes ramas liberales.

A partir de la implantación del sufragio universal masculino (1890) por el Gobierno liberal de Sagasta, los conservadores guipuzcoanos abandonaron la alianza con los liberales, coaligándose con las fuerzas reaccionarias. Siendo como eran, los conservadores, políticamente sucesores de Canovas, cuyo Gobierno había abolido las instituciones forales, éstos eran prácticamente inexistentes fuera de San Sebastián. Liberales y republicanos unionistas, más numerosos y herederos del liberalismo progresista de antaño, conformaron varias veces alianzas para enfrentarse a las fuerzas conservadoras. Los republicanos federales, muy escasos y concentrados básicamente entre San Sebastián e Irún, sólo podían incidir electoralmente siempre y cuando lograran atraerse a los unionistas descontentos, cosa que sucedió ocasionalmente.

Frente a ellos, el carlismo, abandonando su absentismo electoral de la inmediata postguerra, aceptó finalmente entrar en el juego electoral orillando progresivamente su estrategia subversiva. Pronto, el ala más radical del movimiento se escindió, dando lugar al surgimiento de los llamados integristas, cuyo programa político tenía un fuerte contenido religioso que conectó rápidamente con los sectores más tradicionales y conservadores de Guipúzcoa.

LA REINTEGRACIÓN FORAL, BANDERA DEL PRIMER AUTONOMISMO VASCO

Con el transcurso del tiempo, se fue perdiendo la noción concreta de lo que significaban los fueros, lo que permitió su idealización y acomodación a los diferentes discursos políticos que operaban en el país. El hecho más importante es que los fueros no sirvieron para crear un movimiento político reivindicativo fuerte, hasta la creación de la Liga Foral Autonomista en 1904. Los intentos de ciertos sectores liberales moderados para crear un partido vasco-navarro fuerista no cuajaron.

Así, en Vizcaya surgió la Unión Vascongada que en las elecciones de 1879 obtuvo un diputado a Cortes. El fracaso de esta iniciativa política conllevó que el fuerismo se refugiase en la sociedad Euskalerría. La mayoría de sus socios se acercaron, a partir de 1893, al nacionalismo vasco, hasta su integración total. Durante la misma época, el fuerismo navarro, representado por los llamados *euskaros*, obtuvo buenos resultados electorales hasta la reaparición del carlismo en la escena electoral, que terminó con el naufragio del movimiento político fuerista.

Hasta 1893 no hay noticias del arraigo popular del fuerismo. La *Gamazada*, en mayo de ese año en Navarra, derivada de la introducción de nuevos impuestos por el Ministro Gamazo, cuestionando la Ley Paccionada de 1841, generó una serie de protestas masivas que culminaron con la retirada del proyecto y la dimisión del polémico

ministro. Posteriormente, el nacionalismo vasco, los *euskalerrriacos* y los carlistas protagonizaron, en agosto de ese año, un grave enfrentamiento en Guernica en el marco de un homenaje organizado por las organizaciones fueristas a favor del Orfeón Pamplonés, al gritarse por primera vez "muera" a España, en lo que se conoce como *La San Rocada*. Vitoria y Laguardia fueron también escenario de este tipo de protestas fueristas. En San Sebastián, ante la presencia de los monarcas y los representantes del Gobierno, el director de la Banda Municipal se negó a tocar el *Gernikako Arbola*, lo que desató una serie de movilizaciones contra el Gobierno liberal de Sagasta, en las que integristas, carlistas y republicanos fueron de la mano, con el resultado de tres manifestantes muertos. Los incidentes desatados en un bastión liberal como San Sebastián, encontraron eco y muestras de solidaridad en poblaciones mayoritariamente carlistas.

EL NACIONALISMO VASCO

Durante la última década del siglo XIX, el nacionalismo vasco era un movimiento político radical y circunscrito a Vizcaya. Las formulaciones políticas de Sabino Arana se dirigieron, en un principio, a la búsqueda de la creación de un estado vasco circunscrito al antiguo señorío. Debido a ese origen, los nacionalistas eran denominados *bizkaitarras*, y el nacionalismo vasco, *bizkaitarrismo*.

Tras la muerte de su carismático fundador, el nacionalismo vasco sufrió su primera gran crisis interna, por el afloramiento de sus dos sectores: por un lado, los *euskalerrriacos*, partidarios de la autonomía y de un nacionalismo moderado; por el otro, los *sabinianos*, fieles a la doctrina independentista de los primeros años. El sucesor de Arana en la presidencia del partido, Angel Zabala, mantuvo una actitud conciliadora frente a los dos sectores, aunque los moderados consiguen imponer sus tesis, resumibles en estos tres criterios:

- Elaboración del programa y organización interna del partido.
- Posicionamiento ante los Conciertos Económicos.
- Definición de la estrategia electoral.

La Asamblea Nacional acabaría aprobando un Programa Manifiesto que durante años sirvió como carta de presentación política del nacionalismo vasco ante la sociedad, y como núcleo aglutinador de la militancia. Según ese Manifiesto, el objetivo máximo del nacionalismo sería la plena

reintegración foral. Con el nuevo siglo, el movimiento nacionalista iniciaba una fase de expansión y consolidación organizativa. Es en ese contexto cuando el nacionalismo vasco se atrevió a implantarse en Guipúzcoa, más en concreto, en San Sebastián. El desembarco se verificó en 1904, aunque los nacionalistas no obtendrían concejales en la capital hasta 1911. Esa inauguración fue el punto de partida para la extensión de la organización nacionalista a toda la provincia. Ese mismo año, se abrieron locales nacionalistas en Vergara, Lazcano y Rentería. En años sucesivos, se abrieron más establecimientos en otros municipios importantes de Guipúzcoa. En 1905, obtuvieron sus primeros concejales, en los municipios de Zumaya y Deva.

FRANCISCO DE GASCUE

Francisco Gascue Murga nació el 4 de octubre de 1848 en San Sebastián. Estudió en Madrid, donde obtuvo el título de ingeniero de Minas, profesión en la que destacó a nivel del Estado. Tras trabajar en diversas explotaciones mineras asturianas, fue designado director de la Real Compañía Asturiana de Minas en Guipúzcoa, donde trabajó durante 20 años, mejorando la fábrica de plomo y plata de Rentería.

En su faceta de escritor, destacó por sus trabajos relacionados con la minería, la música popular vasca y los de temática política. En el último período de su vida se involucró activamente en la política guipuzcoana. Adscrito al republicanismo federalista, fue varias veces elegido diputado provincial e intervino activamente en la renovación del concierto económico de 1907.

Partidario de la autonomía, basada y justificada en el pasado foral, se autodefinía como autonomista de izquierda, en el sentido de autonomista radical, aunque no se identificó nunca con el nacionalismo representado por el PNV como veremos más adelante. Murió en San Sebastián el 11 de marzo de 1920. La estrecha relación que mantuvo Gascue con Rentería, quedó reflejada para la posteridad, gracias a que la Corporación municipal le dedicó una calle.

LA VISIÓN REPUBLICANA DEL NACIONALISMO VASCO

Gascue, adscrito a la rama federal del republicanismo español, minoritaria en Guipúzcoa, fue un teórico reputado que obtuvo mayor predicamento en sus contemporáneos que otros líderes republicanos.

La inauguración del primer centro nacionalista en San Sebastián, en 1904, provocó un revuelo considerable entre las fuerzas liberales donostiarra, al tratarse el nacionalismo vasco de un movimiento político considerado reaccionario, amén de antiespañol. Ante la preocupación que generó este hecho en la sociedad guipuzcoana, sin embargo, Gascue mostró claramente sus simpatías hacia el nacionalismo vasco, en su obra *El bizcaitarrismo* (abril, 1904). Una simpatía que se fundamentaba en que Gascue acariciaba el proyecto de utilizar la existencia del nacionalismo como factor clave en la lucha por obtener una autonomía lo más amplia posible: *"El bizcaitarrismo existe, luego tiene sus motivos"*, sentenció.

Según Gascue, el nacionalismo vasco no podía calificarse claramente de separatista, a pesar de que su fundador lo fuera, porque *"de esto á que el partido lo sea, hay una gran distancia"*. Lo que no se podía poner en duda era su carácter regionalista, un regionalismo que guardaba grandes similitudes con el catalanismo. Para Gascue, el auge del regionalismo estaba estrechamente relacionado con la crisis del sistema restauracionista, pues, observaba que *"es el sentimiento del desengaño, de desesperación mejor dicho, respecto á la política y al porvenir de España... Es un sentimiento de protesta airada contra un orden de cosas, que amenaza llevarnos a la ruina"*.

En efecto, tras varios años de paz merced al régimen instaurado por Cánovas del Castillo, no se habían corregido los vicios de la administración central, el sistema parlamentario era una *"pura farsa en España"*. Las insurrecciones en las colonias *"pusieron de manifiesto la debilidad de nuestros dos organismos de cohesión y resistencia; el ejército en Cuba y los frailes en Filipinas..."*.

La derrota ante los Estados Unidos y la pérdida de las colonias, sin embargo, provocó la repatriación de numerosos españoles y sus remesas de dinero, con lo que *"se hizo un alarde de lujo y de diversiones de todo género"*. Esta inyección de capitales, ligada al final de los gastos generados por las insurrecciones, llevó a pensar que España salía ganando con la derrota. Gascue se quejaba de que los mismos políticos responsables del desastre colonial siguieran en activo y añadía con amargura que *"siguen turnando tan frescos y tranquilos al lado de la gran olla nacional"*. Una vez comprobado el alcance del desastre, se generalizó el grito de que España debía regenerarse, pero para el republicano donostiarra, lo más indignante era que al movimiento industrial iniciado con vigor, sin embargo, *"han respondido los gobiernos apretando los tornillos de los impuestos, como si se propusiesen ahogar el movimiento (...) Buen número de industrias de las recientemente creadas llevan una vida raquítica; otras han muerto..."*

A diferencia de quienes se resignaban ante la situación, o los optimistas que esperaban la llegada de días mejores, para Gascue, era más que evidente que el regionalismo y el separatismo se nutrían de lo que denominaba como los *pesimistas de acción*. Pero, seguidamente, aclaraba que todos los vascongados habían sido y eran regionalistas, si como tal se entendía, el abogar por el establecimiento de un régimen autonómico, *"que sin perjuicio de la unidad nacional y sin perjuicio de contribuir, como lo venimos haciendo, en la justa medida, a las cargas del poder central, permita a las Provincias vascongadas el tranquilo, seguro y permanente desarrollo de sus instituciones internas, en la forma que cada una de ellas estime por conveniente"*. Frente a ellos, a los vascos que defendían el centralismo los tachaba de ser *"cuatro desdichados"* que por despecho unos, y otros por los favores que recibían de los magnates de Madrid, defendían unas posiciones que acabarían convirtiendo a las provincias vascas *"en una de tantas miserables de la monarquía"*. En efecto, a favor del regionalismo jugaba la tradición foral que la mayoría de los vascos tenía por una época dorada de la historia vasca y española.

La simpatía o comprensión que mostraba Gascue por el nacionalismo vasco llega hasta el extremo de compartir la visión apocalíptica respecto al porvenir de la pureza de costumbres y moralidad de la raza euskara, llegando a enumerar los *"males"* que acechaban al país bajo la palabra genérica de *flamenquismo*. Costumbres exóticas introducidas a través de las corridas de toros, *"en las cuales se enseña al español desde niño á ser*

cruel, á no respetar la autoridad, á oír el repertorio más perfecto de la palabrería grosera, á creer que el fin único de la vida y de la existencia es la fiesta y batahola perpetua”.

En este trabajo, Gascue dejaba entrever los peligros que se cernían sobre el Concierto Económico, cada vez más cuestionado por los ministros, juristas, etc. La única manera de frenar ese progresivo cuestionamiento era obtener una autonomía. Por eso mismo, frente a los males que acechaban al país, Gascue veía en el nacionalismo vasco *“el espíritu de protesta contra el orden de cosas existente, es el producto del apasionamiento de un grupo de vascongados que reaccionando contra ciertas tendencias igualitarias, va á dar en el extremo opuesto”*, pero, seguidamente marcaba distancias con los sectores radicales del nacionalismo al achacar el independentismo a *“una enfermedad mental colectiva... Es la utopía más grande que he oído acaso en mi vida”*.

Frente a los recelos provocados por sus orígenes, afirmaba Gascue que el nacionalismo vasco no era reaccionario, pero si así fuera, temía en un País Vasco independiente se instauraría una oligarquía teocrática, con lo que la *“vida de los que tenemos conciencia de nuestra personalidad, se haría prácticamente imposible... Habríamos de emigrar por millares ó ardería de nuevo la guerra civil en el país. Creer que hoy en día pueda existir en Europa una oligarquía clerical, por pequeña que sea, es una demencia”*.

En definitiva, para un republicano como Gascue, la doctrina separatista y su carácter reaccionario, sólo podrían acarrear perjuicios para la causa del regionalismo vasco, al provocar el rechazo unánime de la opinión pública española. Sin embargo, rechazaba la represión del nacionalismo, porque la historia reciente de España había demostrado que ni la persecución absolutista había acabado con el liberalismo, ni la derrota militar reiterada del carlismo había acabado con el apoyo con el que contaban éstos, ni las varias guerras sostenidas con los insurgentes de Cuba impidieron la pérdida de las colonias, porque, para Gascue: *“La persecución tiránica no hace más que fortalecer las ideas y opiniones de los perseguidos”*. La única manera de acabar con el separatismo, era dar satisfacción a las legítimas reivindicaciones del regionalismo.

El regionalismo vasco necesitaba un partido que en vez de enfrentar, aunara a los partidarios de la autonomía. Por eso, el ultra-clericalismo del nacionalismo vasco lo inhabilitaba para abanderar esa reivindicación, por el rechazo que ese carácter reaccionario provocaba en amplios sectores de la

población. Para progresar, el nacionalismo vasco debía abandonar esas dos características, abrazando el autonomismo radical para convertirse en la izquierda radical del autonomismo euskaro. Para el republicano donostiarra, era imprescindible contar con esa izquierda autonomista que se convirtiera en contrapeso de las tendencias centralistas de determinados líderes políticos, advirtiendo además que con la política independentista *“hacen el caldo gordo”* a los enemigos del autonomismo.

LA LIGA FORAL AUTONOMISTA (1904-1906)

Los peligros que se cernían sobre los Concierdos Económicos, junto a la movilización que la reivindicación de la autonomía política provocó, desembocó en la creación del primer movimiento político autonomista serio en noviembre de 1904. El impulso de Francisco Gascue fue fundamental para dar forma a la nueva formación. La pluralidad interna de la coalición queda reflejada en la composición de la Junta Gestora elegida el 17 de noviembre de ese mismo año: Eugenio Gabilondo (Unión Republicana), Agustín Brunet (liberal), Antonio Albizu (republicano), Wenceslao Aguirrebengoa, Cándido Orbe (carlista), Francisco Arrillaga, Leopoldo Ducloux (Republicano Federal), Marqués de Valdespina (carlista), Juan Olazábal (integrista) y Francisco Gotilla (Unión Republicana). Hay que señalar que la mayoría de las directivas y líderes significativos de los partidos guipuzcoanos se inhibieron, lo que no impidió el éxito electoral de la nueva coalición.

Obtenida la renovación del Concierto Económico, la Liga sucumbió ante la reactivación del problema religioso en 1907. El propio Gascue, en unas conferencias impartidas los días 13 y 14 de marzo de 1909, con el título *“Libertad y Fueros”*, contó el por qué del fracaso del movimiento autonomista:

“Cuando más precisa era la firme unión de los vascongados para conseguir los organismos forales, cuando con unos meses más de energía era casi seguro que hubiéramos logrado nuestros deseos, ganando así una posición que nos serviría de magnífico punto

de apoyo en lo sucesivo, para seguir avanzando á medida de las circunstancias, el Obispo organiza y dirige personalmente la Liga católica merced á la cual, volvemos á separarnos en reaccionarios y liberales con mayor furor que nunca”.

La convulsión del mapa político la provocó el propio Gobierno, cuando en 1906 promulgó la Ley de Asociaciones Religiosas que suscitó una virulenta reacción católica que enfrentó a la candidatura Católica de carlistas, integristas y nacionalistas, por un lado, y a la Coalición Liberal Republicana y los socialistas, por otra. Para Gascue, la intención del Gobierno había sido precisamente acabar con la Liga, utilizando el tema religioso, que históricamente había sido el tema candente en la política vasca.

En este trabajo de Gascue, puede observarse un tono pesimista que no reflejaban sus textos de 1904. Para el veterano republicano, la reintegración foral plena que reivindicaban algunos sectores, era imposible, al haber fallecido ya los últimos junteros con vida, de los que componían las abolidas instituciones forales de 1877. Igualmente, la confianza en el nacionalismo vasco como instrumento favorable al autonomismo, se desvanece en 1909. Gascue confesaba, que aún cuando no compartía con el nacionalismo vasco su clericalismo, sin embargo, *“creí en un principio que el partido nacionalista de la derecha podría ser útil, en el sentido de que sirviendo de contrapeso á las tendencias centralistas, la resultante final de todas las opiniones acaso tomase una cierta dirección práctica, que bien aprovechada, sirviese para los fines que forman mi credo (...) ¡Desilusión también! El partido nacionalista no hace absolutamente nada de práctico. Gasta gran parte de sus energías en disquisiciones bizantinas sobre si se debe decir Euskaria ó Euzkaria ó Euzkadi (...)*

No nos da su programa detallado, como debiera, y se dedica en cambio á lanzar sus rayos

sobre los que estima heterodoxos por cualquier infantil detalle”.

Para desesperación de Gascue, el nacionalismo se alineaba en las elecciones con los carlistas, dándoles la mayoría en la Diputación, mientras en el distrito de San Sebastián apoyaba la candidatura a Cortes de un político centralista. En un tono pesimista, constataba que en los años de presencia nacionalista *“no vemos que el bizkaitarrismo haga nada de útil para sus ideales en la práctica. Dividir, expulsar, insultar, excomulgar es muy fácil. Lo difícil es definir, aunar voluntades para conseguir el fin común, saber algo de estrategia, tener ideas claras de la realidad”.*

El agotamiento de la estrategia institucional a través de las Cortes, llevó a Gascue a proponer la creación de Asambleas de municipios, convocadas por las Diputaciones provinciales, al igual que se había hecho en Álava con un éxito notable. En lo sucesivo, el autonomismo vasco debía cambiar de metodología. En base al principio de la soberanía del pueblo y la ancestral autonomía municipal vasca, las Diputaciones debían convocar a sus gobernados y preguntarles directamente.

Después del fracaso de la Liga Foral, se tardarían dos lustros más, antes de ver nuevas iniciativas autonomistas de calado. La crisis de la Restauración, permitió a un nacionalismo vasco en auge poner en marcha estas ideas expresadas por Gascue, quien, en el ocaso de su vida, integró la Comisión Provincial de Fueros (1918) que elaboró un proyecto a favor de la autonomía de Guipúzcoa. Iniciativa que no estuvo coronada por el éxito, pero que sirvió de base para proyectos autonómicos posteriores.

BIBLIOGRAFÍA:

- ◆ CASTELLS, LUIS: *Fueros y conciertos económicos. La Liga Foral Autonomista de Gipúzcoa (1904-1906)*. San Sebastián, 1980.
- ◆ CASTELLS, LUIS: *Modernización y dinámica política en la sociedad gipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*. Madrid, 1987.